Sergio Rábade Romeo (1925-2018) *In memoriam*

JORGE PÉREZ DE TUDELA VELASCO
Universidad Autónoma de Madrid

El pasado 26 de marzo falleció D. Sergio Rábade: D. Sergio, por antonomasia, para no pocos profesores de la Universidad española. Se fueron con él noventa y tres años de vida biológica, de los que la inmensa mayoría estuvo dedicada a la docencia, la investigación y la administración académicas. Al profesor Rábade, en efecto, pocas, muy pocas cosas de la vida docente le fueron ajenas. Y ello, como se verá, tanto en la dimensión eclesiástica como en la civil, tanto en el ámbito de la docencia universitaria como en el espacio –para él siempre tan querido– de las enseñanzas medias. Nacido (el 28 de enero de 1925) en el concejo de Begonte, Lugo, más concretamente en la parroquia de Santa María de Saavedra, tuvo ocasión en efecto de formarse, a lo largo de cinco años, en las aulas del Seminario conciliar de Mondoñedo. Adquirió en aquellos años –él mismo solía recordarlo con gusto, y aun tuvo ocasión, ya con noventa años, de agradecérselo públicamente a esa institución– unos sólidos conocimientos de lenguas clásicas (muy especialmente, de latín o, como él diría, de "latinidad"); competencias que, en el futuro, habrían de constituir una de las piezas fundamentales de su arsenal de investigador (y de enseñante, y de corrector…). Proseguiría su formación en la Universidad Pontificia de Comillas (Santander), donde se licenció en Filosofía (1950). Una licenciatura que, tal fue su propia expresión, "reharía en buena medida" en Santiago de Compostela, y no sin pasar por Salamanca y Madrid. Licenciado en Filosofía y Letras por la Universidad entonces conocida todavía como "Central", se doctoró por esa misma Universidad, y por cierto que con Premio Extraordinario, en 1958, con una tesis titulada *El problema de la contingencia: contingencia y creación*. Para entonces, hacía ya un año que se desempeñaba allí como Profesor Ayudante de "Metafísica (Ontología y Teodicea)", una disciplina de la que era catedrático D. Ángel González Álvarez. Aunque no fue Ayudante durante muchos años, en 1961 ganó por oposición (que así era desde luego, créaseme, como a D. Sergio le gustaba ganar las cosas), la cátedra de esa misma disciplina en la Universidad de Valencia. Una Universidad en la que, sin embargo, tampoco llegó a explicar demasiado, toda vez que en el periodo 1962-1966 cubriría en Madrid la docencia del profesor González Álvarez, Director General de Enseñanza Media por entonces, y como tal en situación de excedencia. Esa provisionalidad tampoco duró mucho. En 1966, ganó, de nuevo por oposición, otra cátedra no menos de "Metafísica" que la valenciana, solo que esta vez en su modalidad de "Crítica"; una cátedra que le convertiría en profesor de la Complutense ya para el resto de su –nunca concluida– actividad docente (pues habría de serlo

hasta su jubilación en 1990, y aun posteriormente como emérito.) Trayectoria, como se ve, netamente universitaria; pero no se olvide que, en el ínterin, D. Sergio había tenido tiempo de presentarse a, y ganar, en 1961, cátedra de Enseñanza Media, cátedra "de Bachillerato" o "de Instituto" de las que por entonces se convocaban con tan plausible regularidad.

Se dirá que una carrera docente como la que acabo de esbozar bastaría para justificar una vida. Y así es. Pero muchos profesores españoles de aquellos años, me consta muy bien, no limitaban sus esfuerzos, sin embargo, a la tarea docente. Se consideraban no solo profesores, sino además, y por lo mismo, investigadores. De este modo, en absoluto le hacían ascos a formar parte de alguno de los Institutos del CSIC (al contrario: tengo la impresión más que fundada de que lo tomaban como una obligación, como un deber, digamos, natural). Instituto "de Filosofía" en el CSIC lo era por entonces el Luis Vives, y de él fue Rábade, en consecuencia, primero Secretario (desde 1963) y finalmente Director (hasta 1983). Era la rutina habitual de algunos intelectuales de aquellos, tan inmunes, al parecer, a la fatiga: mañanas de Facultad, tardes de Consejo (y en ambos intervalos, siempre lo mismo: atención y orientación a los que empezaban, gestión atenta, cuidadosa, acuciante, cordial –a las veces implacable– de un campo académico tan ilimitado, cuando se terciaba, como concretísimo, cuando fuese necesario; incesante interés por las cosas de la filosofía, que se fundían con las de la vida, que se fundían con las de la Universidad…). A D. Sergio le gustaba administrar la casa filosófica (a veces también, sin más, la humanística, y aun la universitaria en general). Por eso añadió a este doble perfil, docente e investigador, un tercero de gestor, en el que destaca su trabajo como Vicerrector (en dos períodos: el primero, desde 1972, al frente del Vicerrectorado de Asuntos Económicos y de Alumnos; el segundo, desde 1985, de Ordenación Académica) y como Decano de la Facultad de Filosofía y CC. de la Educación, a partir de 1976 y a lo largo de no pocos años. No pudo alcanzar, aunque presentó su candidatura, el puesto de Rector en el ámbito público. Sí llegó a serlo, en cambio, en el privado, más concretamente de la Universidad San Pablo-CEU, de la que aceptó ser uno de fundadores y primer Rector. ¿Hubo más? Pues sí, más hubo, puesto que en 1981 fue elegido presidente de la Sociedad Española de Filosofía, y por dos veces dirigió el Centro Superior de Estudios Don Bosco… Parémonos aquí. La actividad digamos de gestión desarrollada por Rábade por tenaz, incansable, digna de agradecimiento en la memoria de muchísimos de los que tuvieron ocasión de experimentar sus efectos. Pero no es el administrador ni el promotor institucional el que, me parece, corresponde aquí reseñar. Su trayectoria es pública, y figura, como casi todo, en las correspondientes páginas web.

Aunque, antes de abandonar esta parcela de su vida y pasar a otras de quizá más peso intelectivo, me interesa todavía destacar (una vez más: otros muchos lo han hecho antes, y muy adecuadamente) lo mucho que orientó sus esfuerzos a incrementar unos fondos bibliotecarios que llegaron a ser magníficos. Algo debió haber, sin duda, de recuerdo de la penuria en su decisión de proveer de base al trabajo filosófico. Un párrafo de su "Autobiografía intelectual" (puede leerse tanto en el número monográfico 108 que la *Revista Anthropos* le dedicó en 1990, bajo el título "Sergio Rábade. Razón y Método. Una investigación filosófica de la historia de la modernidad" como en las páginas introductorias al vol. I de la edición de sus *Obras* a las que luego me

referiré) expone tan sobria como apasionadamente –era su estilo– aquel mundo de sus comienzos del que tanto empeño puso en sacar, en lo posible, a toda la enseñanza española:

> Eran tiempos difíciles para estudiantes y hasta también para muchos profesores por razones diversas: circunstancias socio-políticas, anemia académica de carencia casi total de medios para trabajar y, en muchos casos, una cierta asfixia de toda novedad de pensamiento por un predominio, sin duda excesivo, de la enseñanza de una filosofía escolástica que, con frecuencia, no sobrepasaba los tópicos trillados de manuales más o menos buenos.

Son los hornos en los que se cuece alguien que no fue, no pudo ser, ni heredero ni pretendiente, sino ese tipo de "heredero renovador" que acaba (el 11 de abril de 2018) de adjudicarle, en su correspondiente "In memoriam", el profesor Juan Ramón Álvarez. Había que trabajar, había mucho que hacer, pero lo principal era dotarse de los medios materiales (a comenzar, y muy principalmente, por los textos originales de la filosofía, y en las mejores ediciones posibles) que permitieran escapar a la parálisis de una reflexión abocada a la repetición (de fuentes, por lo demás, que a su vez lo eran de segunda o hasta tercera mano). En torno a esa biblioteca tan cuidada, tan antigua y a la vez tan moderna y contemporánea, pudieron así gestarse un enorme número (comparativamente hablando) de trabajos de investigación. Muchos de ellos fructificaron en tesis doctorales. Sabido es que Rábade llegó a dirigir decenas, muchas decenas de ellas. Numerosos firmantes de esas tesis, con el tiempo, llegaron con el tiempo a convertirse en maestros ellos mismos de otros. Una enumeración completa de los miembros de ese conjunto carecería tanto de sentido como de posibilidad material. Por razones que son rotundamente objetivas, pero también, como no podía ser menos, son un poco personales, no me resisto, sin embargo, a recordar siquiera los nombres, discúlpenme los eventuales lectores de esta nota que echen a faltar justificadamente los suyos, de José Luis Arce Carracoso, Remedios Ávila Crespo, José María Benavente Barreda, Tomás Calvo Martínez, Julián Carvajal Cordón, Concha Cogolludo Mansilla, Félix Duque Pajuelo, Javier Echano Basaldúa, Eugenio Fernández García, Carlos Fernández Liria, Gilberto Gutiérrez López, Antonio Miguel López Molina, Francisco José Martínez Martínez, Ubaldo Martínez Veiga, José Montoya Sáenz, Gemma Muñoz Alonso, Juan Manuel Navarro Cordón, Teresa Oñate Zubía, Manuel Francisco Pérez López, Encarnación Pesquero Franco, Tomás Pollán García, Fernando Quesada Castro, Ignacio Quintanilla Navarro, Quintín Racionero Carmona, Isidoro Reguera Pérez, José María Ripalda, Mariano Rodríguez González, Jaime de Salas Ortueta, Javier San Martín Sala, Diego Sánchez Meca, Mercedes Torrevejano Parra… y *last*, pero en este caso sí desde luego *least*, el propio firmante de esta nota (y por lo demás, ¿quién contaría el número de "tesinas" o de trabajos "finales", el número de comentarios leídos –y corregidos: todos; incluso los supuestamente más humildes–?).

En torno a Rábade, o mejor, en torno al Seminario de Rábade, llegó a constituirse un espacio de trabajo compartido que no dejó nunca de irradiar pensamiento, trabajo, reflexión ¡Y desde donde se daba cuenta de todo ello! Se olvidaría una parcela no menos capital que las anteriores del hacer de nuestro catedrático si se olvidara que

desde muy temprano (1966) consideró necesario fundar una revista, aquellos –ya legendarios– *Anales del Seminario de Metafísica*, cuya andadura, con ese u otro nombre, felizmente continúa todavía, y en cuyo un primer número, significativamente, se incluían artículos del propio fundador, de J. M. Navarro Cordón, de Manuel Francisco ("Paco") Pérez López, de Pedro Cerezo Galán y José Luis Fernández Trespalacios. En aquel Seminario se estudiaba de todo y, en consecuencia, en aquella revista se publicaba de todo (aunque comprensiblemente, véase el análisis cuantitativo de veinticinco años de su trayectoria que en su momento, con ocasión del monumental número monográfico que la revista dedicó como homenaje a su fundador, quien por entonces se jubilaba, hizo Antonio Jiménez García, comprensiblemente, digo, los autores en proporción más atendidos fueran pesos pesados de la gran tradición alemana como Kant, Hegel, Heidegger o Schopenhauer). Permítaseme insistir: en aquel Seminario se estudiaba de todo; entre otras cosas, porque el sistema docente implantado por D. Sergio incluía la obligación de que el/la estudiante, además de la docencia regular ordinaria, participase en alguno de los muchos "seminarios" impartidos, al amparo de la disciplina, por un profesorado mayoritariamente joven –y hasta jovencísimo–; un profesorado que, por cierto, así tenía su primera e impagable oportunidad de iniciar, eventualmente, su propia carrera. Pero se estudiaba de todo, en especial, porque allí –al igual que en la propia aula de D. Sergio– siempre reinó un ambiente de tolerancia y de serenidad. Que yo recuerde, a nadie se le pidieron cuentas ideológicas, políticas o de otro tipo; a nadie se le solicitó adhesión inquebrantable a nada. Se exigía, eso sí, profesionalidad, rigor, seriedad en el estudio y en la manera de trabajar; honestidad intelectual. En este sentido, siempre fue Rábade, muchas veces se ha reconocido, un enorme maestro en el oficio de pensar. Se tendrá, de sus interpretaciones, la opinión que se juzgue oportuna; pero me parece absolutamente incuestionable –todos lo sabíamos– que cuando D. Sergio señalaba "Spinoza dice…", se podía estar totalmente seguro de que en efecto era así. Entiéndaseme bien. D. Sergio no tuvo nada de revolucionario; de hecho, podría muy bien sostenerse que fue, sustancialmente, un conservador. Solo que, si no me equivoco, encarnó justamente ese tipo bien conocido de conservador que, si lucha por mantener, contra viento y marea, lo mejor de la tradición o tradiciones que a su entender le han sido encomendadas (en este caso, la/s filosófica/s); y *ressi* pelea, además, por mantener ese legado de la mejor manera posible, es ante todo por preservar la posibilidad de seguir pensando, con no menos rigor, pero con más aporte de novedades, tanto en el futuro próximo como en el menos próximo y aun en el lejanísimo. Para gustarle Descartes tanto como le gustaba, D. Sergio tuvo siempre, en efecto, una sorprendente sensibilidad histórica. Pero permítaseme todavía otra aportación puramente personal. Lector como soy de otro ilustre también recientemente fallecido, Odo Marquard, me resulta imposible no acordarme de aquella comunidad rabadiana de trabajo, de su atmósfera, cuando en cierto pasaje de la "Autobiografía intelectual" del filósofo de Stolp (texto con el que arranca, como se sabrá, *Adiós a los principios*), le veo rememorar, apoyándose en citas de Robert Spaemann, el espíritu que al parecer presidió la muy variopinta escuela de su propio maestro, Joachim Ritter: "[a]sí se formó la escuela-Ritter, animada por la 'composición heterogénea' del *Collegium Philosophicum*, donde se reunían 'tomistas, teólogos evangelistas, positivistas, lógicos, marxistas y escépticos'".

No, Rábade no fue nunca un dogmático; al revés: fue un hombre extremadamente generoso, que no dudó en alargar su mirada tanto a los campos filosóficos que merecieran interés como a las personas que los cultivasen. Pertenece a una historia quizá muy menor de la intrahistoria de la Complutense, pero no querría dejar de recordar, ahora que por desgracia ya no puede sentirse incómodo con esta evocación de su liberalidad, algo que puso sobresalientemente de manifiesto ese desprendimiento suyo al que me refiero: aquel gesto de aceptar, como nuevo Director, todas las tesis doctorales acogidas a la dirección de aquel inolvidable profesor de Metafísica, también en la Complutense, que fue Ángel Currás Rábade, su sobrino, cuya muerte, tan prematura, acababa de truncar una carrera docente tan prometedora como fascinante, dejando huérfana a lo que a entonces era ya, bien podría decirse así, una entera generación de discípulos. Un gesto, sí. Solo que uno entre muchos. El gesto de alguien que, por si lo dicho fuera, aunque ni de lejos sea todo, poco, tampoco se mostró mezquino a la hora de fatigar las prensas con publicaciones propias y ediciones de otros. "Rábade", ese nombre que tantas cosas llegó a significar, significa también, desde luego, toda una literatura filosófica. Hoy, desde la publicación de sus *Obras* (en 6 volúmenes, los cuatro primeros bajo el sello de la Editorial Trotta, sola o en colaboración, bien con la Xunta de Galicia, bien con el CES Don Bosco; los dos últimos, por la Editorial Escolar y Mayo), podemos hasta cuantificar, siquiera sea aproximadamente, la cuantía de esa aportación personal al caudal de los estudios filosóficos en español: página arriba, página abajo, se trata de unas 3.500 páginas de análisis informado, inteligente, tenaz, de la Historia, casi así sin más, de la Filosofía. No se crea que exagero. Consúltense los "índices" de autores citados que coronan los volúmenes de esta edición, y se tendrá una elocuente impresión del conocimiento abrumador que el autor tiene de la materia. En esta edición se encontrarán compilados los textos más conocidos y difundidos de Rábade: *Verdad, conocimiento y ser* (1965); *Guillermo de Ockham y la filosofía del siglo XIV* (1966); *Estructura del conocer humano* (1966, luego reeditado dos veces más); *Kant. Problemas gnoseológicos de la 'Crítica de la razón pura'* (1969); *Descartes y la gnoseología moderna* (1971); *Hume y el fenomenismo moderno* (1975); *Método y pensamiento en la modernidad* (1981); *Ortega y Gasset, filósofo. Hombre, conocimiento y razón* (1983); *Experiencia, cuerpo y conocimiento* (1985); *Kant: conocimiento y racionalidad. I: El uso teórico de la razón. II: El uso práctico de la razón* (este último, en colaboración con A. Miguel López Molina y Encarnación Pesquero Franco); *Espinosa: razón y felicidad* (1987); *La razón y la irracional* (1994); *Teoría del conocimiento* (1995); *Suárez (1548-1617*) (1997); *Los renacimientos de la filosofía medieval* (1997); *Ockham (1285?-1349)* (1998); *Conocimiento y vida ordinaria. Ensayo sobre la vida cotidiana* (1999). Una producción escasa, como se ve; pero una producción a la que, además, deben añadirse más de noventa trabajos "menores", entre los que cabe encontrar artículos científicos, prólogos, textos de conferencias… Aunque ni siquiera con ellos concluye la nómina de las contribuciones de nuestro profesor a la filosofía en general, y a su estudio en España o fuera de ella, en particular. Porque advertí desde buen principio que, al tropezarse con Rábade, uno se tropezaba, entre otras muchas cosas, con un excelente –y apasionado– latinista. También con un helenista, desde luego; pero me temo que no traiciono su memoria si insisto en esta sospecha mía de que su primer y verdadero amor, en materia de lenguas clásicas, de-

bió de ser el latín. Desde luego, fue el latinista y el intelectual formado en el ámbito de la Compañía de Jesús quien, con otros dos esforzados compañeros (Salvador Caballero Sánchez y Antonio Puigcerver Zanón) acometió –y culminó– la tarea gigantesca ("lo único que puedo decirte sobre aquello es que, hoy, sería incapaz de repetir algo así" me confesó personalmente un día, hace ya muchos años, poco antes de añadir: "¡Dios mío, cuánto he trabajado!"), la tarea gigantesca, digo, de editar y traducir, en bilingüe (Gredos, 1960, 7 vols.), las LIV *Disputationes Metaphysicae* del "Doctor Eximio". Una hazaña editorial de la que ahora me limitaré a subrayar, prosiguiendo la línea de evaluación que estoy desarrollando, la vívida fluidez de una traducción en la que, a diferencia de tantas otras versiones al castellano, más rígidas y timoratas, se manifiesta a cada paso la íntima familiaridad de sus autores con la lengua de partida.

Otras ediciones y traducciones, para mí no menos memorables, podrían añadirse a este capítulo, pero no dispongo aquí de espacio. Y es que, créaseme, aún queda más. Queda, de lo objetivable, ese aspecto que también antes señalé, el de la vinculación que siempre mantuvo D. Sergio con la enseñanza media, dimensión en la que sus esfuerzos vinieron a traducirse, bien en la *historia del pensamiento filosófico y científico* que en 1975 co-firmó con el profesor Fernández Trespalacios, bien en la *Historia de la Filosofía* para COU co-firmada un años más tarde con F. Trespalacios y José María Benavente Barreda, bien en la *Filosofía* co-firmada en 1977 con J. Mª. Benavente, bien, en fin, en posteriores textos colectivos (1986, 1992, 2002) igualmente orientados a la enseñanza secundaria. Una vez más habrá de repetirse: a todo lo largo de estos miles de páginas, es casi la Historia entera de la Filosofía la que se asoma. D. Sergio pareció compartir, a su manera, aquella urgencia epocal de, ante todo, y como propedéutica para la reflexión que acaso depare el futuro, levantar acta crítica y cuidadosa de los caminos que recorrieron nuestros predecesores. No, claro es, para proceder necesariamente, a la manera de un Heidegger o un Derridá, a la "de(con)strucción" de esa Historia. Me atrevería a decir que, para él, más bien se trataba de *cultivar* ese campo, de aplicar a la historia de la reflexión esa tajante delicadeza con que los jardineros suelen trabajar en sus jardines. Tampoco creo que para él hubiese algo así como autores favoritos, filósofos privilegiados. Era gallego (un gallego, por lo demás, muy saludablemente irónico con respecto a su propia galleguidad); y ¿no es de Estrabón aquel curioso apunte según el cual "algunos dicen que los galaicos carecen de dioses" (ἔνιοι δὲ τοὺς Καλλαϊκοὺς ἀθέους φασί: *Geografía*, III, 4, 16)? No, D. Sergio no tuvo dioses. Tuvo, sí, el Dios de los teólogos, pero ni adoró al de los filósofos, ni consideró divino a ningún filósofo, de Aristóteles a Merleau-Ponty. Suárez, si acaso… o ese Ockham al que dedicó dos libros, y del que, como recientemente ha informado Antonio Miguel López Molina, todavía en sus últimas semanas se mostraba hipotéticamente dispuesto a ocuparse una vez más. Ahora bien, si se observa atentamente una trayectoria intelectual, tan vasta y sostenida, no es difícil llegar, al menos, a una conclusión como esta: que fue una aventura que se diría orientada por alguna –bien conocida– admonición orteguiana, toda vez que, sin dejar nunca de frecuentar los territorios, más o menos helados, de la subjetividad trascendental, o de la lucidez ockhamista, terminaría recalando en los dominios de meditación sobre la vida cotidiana, sobre ese habérselas con los afanes diarias, que también aquí parece ser la única piedra auténtica de toque de la filosofía.

Acabo de mencionar la trayectoria intelectual de Sergio Rábade. No intentaré aquí resumirla en dos líneas. Primero, por ser tarea imposible; segundo, por ser tarea injusta, toda vez que nadie interesado por la Filosofía debiera dejar de leerle directamente; tercero, porque los editores de sus *Obras,* y a su cabeza quien sin duda es el más consistente de los discípulos de Rábade, Antonio Miguel López Molina, han acometido ya esta tarea con precisión, dominio, respeto y amor por el maestro. Léanse, si se desea, las correspondientes presentaciones, o muy en especial el trabajo titulado "Conceptos fundamentales para una teoría general del conocimiento", firmado por López Molina e incluido en el volumen I de *Obras* (pp. 51-100). Consúltense los trabajos firmados por José Luis Arce Carrascoso, Fernando Montero Molina, Juan Manuel Navarro Cordón, o el no menos maestro de tantos, y no menos recientemente fallecido, Jacobo Muñoz Veiga, en aquel número monográfico de la *Revista Anthropos* al que antes me referí. Se aprenderá ahí cómo alcanzó el profesor Rábade a amueblar de la mejor manera las mentes de tantísimas generaciones de estudiosos preocupados por orientarse en los problemas acuciantes de la subjetividad moderna, de los orígenes greco-medievales de nuestras categorías, del enigma de la corporalidad. Yo entiendo que mi tarea, aquí, es menos justa que la de ellos: porque trato de ofrecer algo así como el significado global de *una vida*, una vida que se acaba de truncar, y pocas cosas habrá más desesperadas que el intento de resumir, careciendo de un intelecto infinito, la muy barroca complejidad de toda aventura humana. Arriesgaré, sin embargo, y pese a todo, un esbozo de conjunto que igual no fracase demasiado: la de Rábade fue, en casi todos los aspectos, una vida plena. Enseñó, escribió, dirigió, dejó discípulos un poco por todas partes, contó y cuenta con el cariño de una familia dos de cuyos miembros, sus hijas, son hoy también profesoras de la Complutense, de Filosofía la una, de Historia medieval la otra… Una vida plena, sí, y sólida, y feliz. Pero va siendo hora de terminar. Y si se me disculpa la inelegancia, terminaré con una alusión a mí mismo, a mis decisiones de escritura. Con ocasión de la jubilación de D. Sergio, muchos profesores de la Universidad española quisieron contribuir al volumen colectivo de homenaje que se le ofreció. Yo fui uno de ellos. En la dedicatoria de mi aportación, me permití cambiar el tenor de un conocidísimo sintagma catoniano (en concreto: aquel con el que trata de definirse al orador), y califiqué así a D. Sergio: *vir bonus docendi peritus*: "un hombre de valía, experto en enseñar". O quizá mejor: "un hombre bueno, experimentado en el enseñar". En décadas de trato (más o menos intermitente, más o menos continuado) jamás me he sentido impulsado a revisar esa apreciación.

Ata sempre, profesor.